discursofuneral.es

Familia, amigos, gracias por estar aquí.

Hoy nos despedimos de María del Carmen López Ruiz, nuestra Mamá Carmen. Y aunque el corazón pesa, quiero que esta despedida suene a vida, a la suya, tejida con manos de enfermera, de madre y de amiga.

Naciste en Sevilla un 15 de mayo de 1959. Tu risa se parecía a esta luz andaluza que lo hace todo más claro. Estudiaste enfermería, y durante más de 35 años entraste cada mañana al Virgen del Rocío con la misma idea sencilla y enorme: hoy cuido a alguien como me gustaría que cuidasen a los míos. Ahí dejaste experiencia, temple y una forma de mirar a los pacientes que decía sin palabras: estoy contigo.

Te casaste joven con papá, con José Antonio, y juntos levantasteis un hogar que olía a guiso recién hecho, a ropa limpia tendida al sol, a conversación a media tarde. Llegamos nosotros: Laura, Miguel y yo, Ana. Y después Daniel y Sofía, los nietos que te ensanchaban la sonrisa con solo aparecer por la puerta. También tu familia de origen, tita Pilar y tío Antonio, siempre cerca, siempre parte de ese círculo tuyo donde “primero la familia” no era consigna, era costumbre diaria.

Eras generosa sin cálculo, paciente sin cansancio, de risa fácil pero firme cuando tocaba poner límites. Tu fe no hacía ruido: se notaba en las manos, en el voluntariado de la parroquia, en la lista de personas a las que llevabas comida sin decirlo, en los recados discretos, en el “yo paso luego” que resolvía más de una urgencia ajena.

Si cierro los ojos, te encuentro en los domingos de paella. Tú con el delantal, el arroz esperando su punto, la mesa larga y un murmullo de voces queriéndose. Tenías una palabra justa para cada uno: una broma para aflojar nudos, un consejo que no imponía, una pregunta bien hecha que abría puertas. Allí se

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

arreglaban pequeñas batallas, se perdonaban torpezas, se celebraban logros que a veces ni nosotros veíamos. Me enseñaste que el fuego lento hace mejor todo: los guisos y las personas.

Te gustaba bordar en silencio, pasear a la orilla del río como quien conversa con la corriente, y poner coplas antiguas que de pronto nos contaban nuestra propia historia. “Hay que dar las gracias por lo pequeño”, decías, y yo aprendí a mirar lo cotidiano con tus ojos: un vaso de agua fría, una sombra en agosto, diez minutos de risa al final de un día largo.

En el hospital te llamaban por tu nombre y por tu manera. Lo que más se repetía era “contigo me siento tranquilo”. Y en casa, cuando las cosas se torcían, tú tenías ese gesto tuyo: un abrazo cálido que olía a azahar y canela, y el mundo, sin dejar de ser el mundo, se volvía un lugar habitable. Convertías preocupaciones en esperanza con una mezcla rara de sentido común y ternura. Un “vamos a ver” tuyo valía más que un discurso.

No idealizo. También sabías fruncir el ceño, y cuando decías “hasta aquí”, era hasta aquí. Pero incluso en los días duros, tu firmeza no hería: sostenía. Y en esas rachas aprendí otra de tus lecciones: perseverar no es apretar los dientes, es recordar para qué hacemos lo que hacemos. Cuidabas de los tuyos, sí, y cuidabas de quien se cruzara en tu camino. Esa vocación te definió más que ningún título.

Hoy te lloramos y te damos las gracias. Gracias, mamá, por enseñarme a cuidar sin esperar aplausos, a perseverar cuando el cuerpo pide rendirse, a amar con hechos: un caldo a tiempo, una visita sin prisa, un “¿cómo estás de verdad?” que abría la vida por dentro. Gracias por darnos un hogar donde la ternura no era permiso, era ley.

Sé que te alegraría escuchar esto: lo que sembraste ya está creciendo. Daniel pregunta por tu paella como si bastara nombrarla para que aparezca, y Sofía te canta las canciones que le enseñaste. En papá veo esa manera tuya de organizar el día para que a nadie le falte nada. En Laura, tu paciencia luminosa.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

En Miguel, tu disposición a decir “yo voy”. En mí, ese impulso tuyo de poner un plato más en la mesa por si acaso.

También sé que te hace ilusión que, como querías, suenen sevillanas suaves. Las escucharemos como quien roza una foto con la yema de los dedos. Y rezaremos por tus pacientes, por los que siguen luchando, por quienes hoy necesitan el consuelo que tú dabas con tanta naturalidad.

No voy a decir adiós como si todo se acabara aquí. Tú misma nos enseñaste otra forma: despedir lo que se va y cuidar lo que queda. Lo que queda eres tú en nosotros. En cada paseo junto al río cuando caiga la tarde. En cada olla que se remueva con calma. En cada decisión tomada desde el respeto. En cada gesto pequeño que diga “estoy contigo”.

Cuando nos falte tu abrazo, nos juntaremos más. Cuando dudemos, pondremos tu copla favorita y le daremos tiempo a la respuesta. Cuando la tristeza se asome, le serviremos un plato en la mesa para que no tenga que gritar. Y seguiremos adelante, como tú querías, con esa alegría tuya que no negaba el dolor, lo acompañaba.

Mamá Carmen, fuiste mi ejemplo y mi faro en los momentos difíciles. Hoy, que me toca mirar sin tu mano apretando la mía, miro hacia donde me enseñaste: hacia la gente. Allí estás. En papá, en tus hijos, en tus nietos, en tus hermanos, en tus compañeros del hospital, en tus vecinos de la parroquia. Estás en lo que nos regalaste cada día, discretamente, sin pedir nada a cambio.

Descansa, mamá. Aquí nos quedamos, cuidándonos como tú nos cuidaste. Mantendremos encendida tu luz, no como un recuerdo que duele, sino como una forma de vivir.

Gracias por todo lo que fuiste. Gracias por todo lo que nos dejas.

Te queremos. Y seguimos. Con fe, con gratitud, con familia. Como tú nos enseñaste.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es
Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es